

80

# Las sanciones del aura

Alex Ramírez



Juegos Trigales del Valle del Yaqui  
Bartolomé Delgado de León 2001



## Alex Ramírez

(Guaymas, Sonora. 1976)

Es poeta y académico. Actualmente vive en Tucson, Arizona, Estados Unidos de América; donde obtuvo el doctorado en literaturas hispánicas por la Universidad de Arizona.

Ha publicado tres libros de poemas: *Las comuniones insólitas* (Editorial UNISON: 1998); *El vértigo de la canción dormida* (UNAM: 2000); *Pantomimas* (Instituto Sonorense de Cultura: 2001).

Ha ganado varios premios estatales (Juegos Florales del carnaval de Guaymas, 1998 y 2000; premio Libro Sonorense 2000 y 2007) y nacionales (Premio Nacional de Poesía

"Clemencia Isaura" 1999 y Juegos Trigales del Valle del Yaqui 2001); así como dos premios binacionales de poesía: Premio Antonio G. Rivero en 1998 y los Juegos Florales "Anita Pompa de Trujillo" el 2006.

Actualmente combina la investigación académica con la experimentación con la fotografía y el video.



80-



# LAS SANCIONES DEL AURA

Poesía



Instituto Sonorense de Cultura

*Las sanciones del aura*

Alex Ramírez

Obra ganadora de los Juegos Trigales del Valle del Yaqui

Bartolomé Delgado de León 2001

Poesía

Primera edición 2009

ISBN 968-607-7598-00-8

*Gobierno del Estado de Sonora*

Ing. Eduardo Bours Castelo

*Gobernador Constitucional*

Lic. Víctor Mario Gamiño Casillas

*Secretario de Educación y Cultura*

Dr. Fernando Tapia Grijalva

*Director General del Instituto Sonorense de Cultura*

Lic. Iván Figueroa Acuña

*Coordinador de Publicaciones del ISC*

Edición: Lic. Gabriela Soto Soto

Fotografía de solapa: Archivo del autor

Diseño de portada: Aarón Lima

D.R. Instituto Sonorense de Cultura

Ave. Obregón No. 58 Col. Centro

C.P. 83000

Hermosillo, Sonora, México

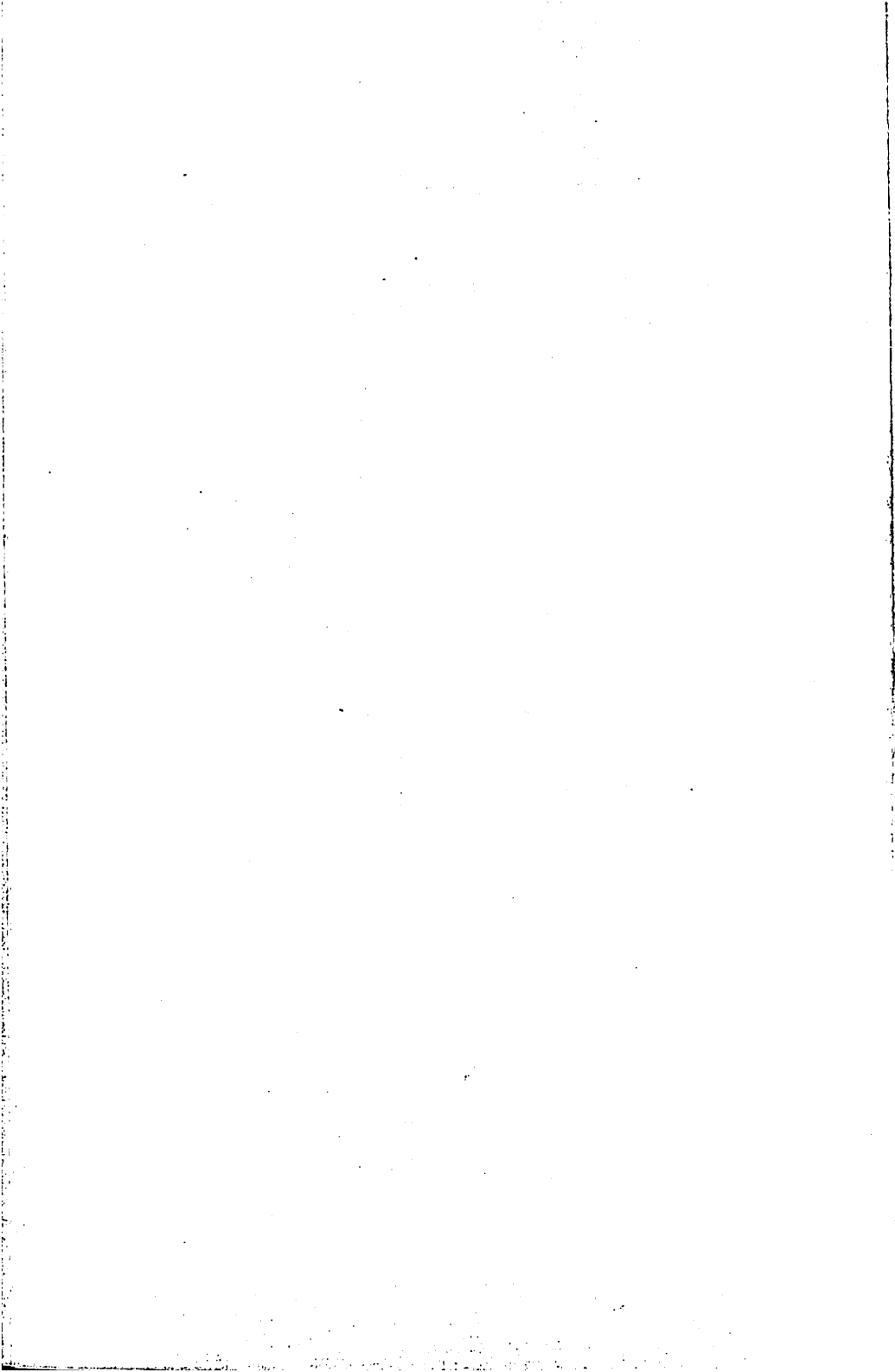
publicaciones@isc.gob.mx

# LAS SANCIONES DEL AURA

Poesía

Alex Ramírez

Juegos Trigales del Valle del Yaqui  
Bartolomé Delgado de León 2001





# ESCRITURA



1)

Estas líneas rozan,  
penden el aire,  
habitan un instante  
maduran luminosas y caen  
oscuras, flotantes  
sobre el polvo enlutecido.  
El día cede sus amarras,  
afloja sus nudos:  
—comprendo,  
deshago mis puños ahora,  
recojo las claras velas,  
deshago diálogos, castillos circulares;  
palpé el curvo reino de la ola  
y soplo sobre las últimas sombras  
de la frase.

2)

Esta sed esta apetencia  
esta razón y esta carne  
arden insaciables  
en la llama cuya luz sustentan,  
hacen sus líquidos vitales  
su insaciable combustible  
su núcleo primordial y enérgico.  
Algo conocido y preciso  
rige este desorden de la sangre  
que revienta  
haciendo su sordo cauce de ceniza  
que tensa  
su cálido cordón de fuego

que truena  
su aire duro de piedra  
pero vuelve delgada y dolorida  
derramándose en la mancha entera de la imagen.

3)

Esta escritura no existe  
perece  
hundida en sus alturas,  
desorientada;  
es escalera y vértigo,  
asciende y disminuye,  
es peldaño  
o cauda  
acaso: danza  
jirón, astilla  
palabra que es palabra,  
sonido elemental,  
algarabía, alumbramiento,  
mordaza,  
premonición y fiasco,  
sospecha, sorpresa,  
levantamiento,  
desplome,  
andamios, vacilaciones,  
gruñido,  
giro,  
sobrevuelo,  
campánula, rocío  
o disparo de cañón,  
punto,  
silencio.

Corre hacia su propia sombra  
hace su mano contra el muro de la noche,  
palpa su código húmedo en la página,  
reposa en su fatiga y avanza,  
como el fuego recorriendo la memoria.

Son dígitos de una cifra innombrable  
una sagrada cantidad,  
una porción universal, un brutal número  
—río colmillo paloma—  
aire donde el ruido  
es oleaje sin mares  
y luz pretérita:  
frágil sombra.

Escribo sin cautelas  
hundido hasta la lengua en su marea,  
en sus follajes abiertos en camino  
hacia los páramos de la profunda noche,  
hago esta voz igual al agua  
gutural,  
avanzo en una atmósfera de niebla  
entre los nombres atónitos  
y así queda en su huella para siempre detenido.



Toda esta tierra bajo la tierra,  
estas corrientes fijas, minerales:  
estas piedras de imán y fuego  
meditan siglos infames,  
habitan el silencio más silencio  
y es natural que yo te ame  
polvo del polvo,  
unido a mí por este aire,  
este oscuro mensaje  
del hierro ligero hacia mi carne:  
tu fragancia roja y puntual.

Se cierra este puño  
asido a tu primer fantasma,  
es de gases finos tu lenguaje:  
nada entiendo, hago por ti  
una voz de aire,  
memoria adentro pronuncio incesante  
las cosas todas.  
Arde este paraíso la noche entera,  
hace del fuego su presencia,  
yo espero ya sin nadie  
el fin de la catástrofe.  
Es esta voz ajena  
de otro tiempo y de materia impar.  
Ronda, acecha  
La frágil voluntad de este velero a la deriva  
¡Aquí!  
Su rayo elige un trazo,  
una punzada de cristales;  
luego la noche gira en repetidas espumas  
fijas sus cadenas de oscuridad,

su manso vértigo.  
La noche dicha en sus mil nombres siempre  
es un sollozo semejante al mar.

Duro el tiempo se conjuga  
en agua y piedra y sus palabras  
son blandas o cerradas  
montañas o cavernas  
espumas rotas por el ancla.  
En este continente

Ahora

el día tensa su mañana.  
Su estandarte de claridad ya se levanta,  
crecen los árboles borrados por la noche:  
el agua despierta y el pan  
y todos los muebles de esta casa  
amanecen en su exactitud eterna,  
en su exacta cantidad.

Esta montaña merodea en siglos  
escalada su faz por este sol de antaño,  
mueve sin alas su materia enorme,  
repta fabulosos milímetros  
como queriendo escapar del cúmulo voraz:  
rumiante magnánimo  
digiere el eco sin final de sus abismos.  
Late entera su piedra calcinada,  
Arde su entraña el largo fuego sostenido:  
todo el silencio es  
un solo signo y el poema por entero.

Sabes tu voz  
como una herida en el aire tendido  
manando pausadas transparencias  
sobre este suelo directo,  
esta raíz del canto hundida  
en arenas frías de silencio  
o flotante apenas en la velocidad de la corriente.  
Haces tu letra desde un azar profundo,  
levantas la palabra clara  
de la arcilla primordial,  
existes  
antes de toda luz o todo reino.

Te busco ahora,  
te buscan:  
abre como un sol tu cuerpo.

Alza su zarpa el mar,  
desespera en la piedra,  
retrocede hacia su oscuro centro  
inconocido,  
mascullando espumosos improperios.  
Siglos de calor no bastan  
no agostan estas huidizas llamas,  
este deseo agudo hacia los aires  
como una flecha de la san en fuga.

Vuelve y se va  
enjuagando su antigua plegaria,  
agil siempre en su culpa trasformada,  
se hunde en sí  
y espera siempre.



Entre estas sílabas  
el musgo cubre húmedas verdades de silencio,  
urde el tiempo  
hilos de polvo y de secretos fuegos,  
toda palabra esconde  
—avara—  
su definida raíz de plata.

El nombre  
es un recurso ingenuo,  
el truco anónimo de la desesperanza.

Árbol o plegaria  
¿no son acaso núcleos gemelos  
o yemas semejantes?  
¿No es similar también acaso  
el agua, la luz y el aire,  
el corazón, la piedra  
y la dura mano empuñada?

Este árbol vuelve  
firme en su viaje,  
crece con sus alas,  
alza su claridad como el día y  
sepulta su raíz bajo la noche.  
A la orilla de su nombre  
no es sino una miseria invisible  
un racimo de pobreza.

Pero así ya nominado  
surge incesante  
salta  
avanza por sus ramas  
uno sus hojas en el aire,  
hace la tibia luz de todos sus colores  
y fluye del planeta al tiempo,  
mansamente  
como un canto de hombre.

En este tiempo  
aquí  
en este punto  
ya todo es el instante pretérito,  
la garra de lo ocurrido nos aborda infatigablemente,  
sucesiva usurpa este momento,  
este presente sin cerrojos:  
el hoy y sus dos alas.

Cede la lluvia en su caer  
su limpia imagen al mundo.  
La tierra abre su voz  
Al dócil artificio de las aguas.

El hondo suelo y la nube  
riman sus húmedas vocales,  
sus claras frases.

El aire se eriza de frescura.

Se quiebra el día  
ya cae la noche  
como una dolorosa campana  
irrevocable.

Cede la lluvia en su caer  
su limpia imagen al mundo.  
La tierra abre su voz  
Al dócil artificio de las aguas.

El hondo suelo y la nube  
riman sus húmedas vocales,  
sus claras frases.

El aire se eriza de frescura.

Se quiebra el día  
ya cae la noche  
como una dolorosa campana  
irrevocable.

## LETANÍAS DEL NÁUFRAGO

¿Quién ondea este infinito vértigo?

Vacilo

bajo el huracán físico de la imaginación:

todos los caminos se ofrecen,

toda distancia es infranqueable.

La botella está vacía:

creo que habido he bebido

su mensaje.

Allá el ocaso

aquí esta voz

¡han fracasado las distancias!

Todos los días este mar

y este poema que no cesa.

En este aire líquido

profundo

danza el alto desplante de las aves.

Su cuerpo único declina

y deshoja del árbol de la noche.

Ahora el sol tiembla en sus rojas aguas consumadas.



Esta escritura lanza su raíz ansiosa,  
hunde sus ecos páginas adentro  
como buscándose en el confuso fondo.

Muere de vértigo,

Vacila

Sobre el blando muro ondulante

—sin pértiga ni paraguas—

no acalla su deseo y continúa.

Es un alguien que no entiendo,  
una máscara vacía, un gesto,  
un ruido del tiempo, algo que crece,  
un salto, un descuaje.

## TANGO DE FONDO

En las aguas de esta boca  
hizo tu anzuelo presa y divertimento.

Hiérame el claro y tuyo fuego  
cuando la noche larga de mi cuerpo,  
esta carne ciega por los ardientes filos,  
sea dolientemente consumada.

Hubo en mí hace tiempo —antes de ti—  
más que este frío promontorio de ceniza.

Como un raudo vendaval:  
los puñales de tu cuerpo.

Todo el mar en una ola  
es una esquirra única de espumas irisadas  
en los aires solares.  
Después de firme costa,  
la fina araña acumulada en golpes semejantes:  
manotazos del agua que se ahoga  
prisionera en su ancestral fisonomía de fósil  
otoñal y unánime.  
Aire, agua, sol y piedra:  
todo está aquí conjugándose  
y naciendo.

Hombro contra hombro  
combaten estos versos  
una guerra anónima,  
buscan  
—según lo dictan las leyes de la violencia—  
una ingenua victoria,  
una verdad tras sus fatigas.

Nada y polvo vendrá entonces  
cuando los ojos vean  
lo que buscaba el cansancio:  
final silencio.

Hago estos muros siempre  
naciendo hacia la noche y la llovizna.  
Algo de ese suelo bruto  
nace,  
perpendicular se estira  
como la firma materia convocada hacia la altura.

Dureza posterior que ha dividido  
la previa claridad  
—el primitivo tiempo del mundo—

Ahora existe vertical entre estrellas  
un signo una señal.

En el aire estas palabras dejan su estremecimiento.

Dejo así la poesía en su sitio  
sobre el organismo, la bestia y el objeto  
en el centro primordial del equilibrio.

Asida a su fluir  
por todo tiempo y lugar.

Está más su presencia errante  
vaga  
fuga y así es que permanece.

Áspera palabra roza  
el aire quieto como una flecha hiriendo  
el follaje tumultuario,  
los brazos de la higuera.

Palabra tu  
de escamas  
de arena y espina  
solar  
quemante  
blasfema  
ruda  
ponzoña en que se ahonda el primer golpe de la letra.

Nada por decir  
sino este puro estar en la materia organizada,  
esta manera viva  
de la sangre y sus cálidos entornos  
Después de esto

los abismos

nada

sino los ojos sumergidos en un fondo más oscuro  
errantes

en esta curiosa intimidad del pensamiento absorto  
cuerpo adentro

los alegatos inverosímiles de la memoria,  
las fantasías dramáticas: esas lacias hogueras.

Ahora

este abandono crece piel debajo  
entera

como una sombra en el aire como en la tierra  
la mansedumbre de fluir  
ajeno ya de mis dominios  
sin potestades ni cayado.

La oscuridad ajusta ahora sus detalles.



Hubo hacia el sol o aquí en la tierra  
esta mano vital  
que horada en su labor o delirante  
interroga.  
Rostros este rostro  
lunas esta hierba,  
yo soy mi ceguera,  
una palpitación de luces que ha cerrado  
el puro vértigo,  
materia erguida, inconsumada:  
lengua que no cesa.

Declaro este mi cuerpo vago  
errante pero inmóvil  
en sus periplos ensañados  
sin las premisas coordinadas de una flecha.

Suspenso en sus aires  
a punto de sí —postergado—  
en el íntimo instante  
de encontrar la carne y su contorno.

Los otros  
fueron absortos fantasmas prolongados  
legiones de la sangre en volátiles follajes de ceniza.

Mi cuerpo es fácil: lo siento.

En toda curvatura de la dicha  
en las ánimas purísimas del tacto,  
en el coro amoniacal de los dolores,  
en la luz que salta por los ojos hacia las hondas sombras.

Estoy  
poseo por recuerdo estás fatídicas delicias,  
ardo sin arder y soy así la luminosa consecuencia del vacío,  
la víspera siempre nunca el día.

Reconozco todas las gotas de aire que me habitan,  
la sangre eslabonada en un monótono fluir de piedra,  
las aguas celulares que preservo,  
la rigurosa combustión y el clímax  
prodigado en lentas dosis  
de la humana lumbre.

Por dentro  
en la entraña pura un puño aprieta y estira.

Es el alma quien decreta su teoría  
y corre sus intactas atmósferas de humo.

Mi carne se inclina unánime  
como un acorde de profusas espigas.

Inasible esta ley interminable ocurre.

Aquí el tiempo se calcina  
entre el humo y la ceniza.

Mas nunca inmune  
cede a punzón y quemadura  
la fibra mínima.

Telegráfica difusión en coro.

La espina cede a la aguda física de sus venenos,  
húndese inmortal cruzando así  
la impávida región donde ha quedado.

La tocadura voraz como un aviso vertical  
haciendo en raíz  
su profunda prolongación de fuego.

Anónimo el cuerpo  
nutre con simples y lustrales alimentos  
su palpada ausencia.

Cumple en su bautismo  
un aura de epítetos,  
un signo nominal que honra  
la brutal y previa  
vitalidad confabulada.

“Este es tu nombre  
y acudes a él ferviente  
como a una exacta sombra  
a tu imagen, tiempo y semejanza”.

Dejado el mar y costa  
solo  
este espumoso cielo  
este volar sin ciencia  
sin pensar a fuerza  
de ese sueño semejante al sueño,  
esta lacia pereza bajo el cuerpo  
piel adentro como un agua espesa de los trópicos.

Caer  
caer  
hacia sí mismo  
en fragmentos desunidos,  
en aburridos elementos:  
inertes piezas del desorden.

Siempre hacia el poema.

Aun en esto  
vaya yo al sueño  
diagonal y en tumbos  
disminuido como el aceite  
socavado ya sin lenguas,  
uncido el tedio por mis ojos rotos,  
por mi figura escasa.  
Sin arma ni herramienta,  
varado el pensamiento  
fijo en un fatídico caer irremediable.

Sin decir pero gimiendo  
incurables signos  
de fuego quemándose en su imagen.



## CUENTO

El día pasó a ras de tierra  
como una mano experta  
ensimismada en su tarea  
sin meditar su oficio,  
todos los nervios y las médulas  
hicieron su color de luz —tan hueca—  
en un visible centro iluminado  
ardieron navegando en un caldo combustible  
agostaron al fin su mansedumbre  
para caer ya sucedidas  
en la honda noche socavada,  
muy débiles de sí  
ligeras.

Cedo  
por esta voz las cosas y su sombra  
imágenes hondas  
magnéticas  
muriendo bajo el humo y su señal  
pulpas,  
limos,  
bestias  
unidas en el vértice de su palabra.

Es el orbe natural de los plumajes y las maduraciones,  
la neta voluntad expandiéndose en sus redes de aire  
haciéndose visibles a todos los sentidos.

Coinciden tiempo y materia  
en este instante.

## LA NOCHE

Endurecida en sus cavilaciones  
crece de piedra en palpados monumentos,  
en aéreas oscuridades tan cerradas;  
hace sus templos infranqueables,  
sus muros de ceniza fija,  
sus lentas murallas de silencio.

Este aire es el fluir de la nostalgia,  
fragor de nada  
que ocurre entre los obeliscos  
traslúcidos del agua a la distancia.

El aire no busca, escapa  
del centro original,  
de una emoción abierta como un puño difundido.

Hombre y noche  
ascienden la escala de una estirpe semejante.

Toda la noche  
rumiar de amargas fibras,  
morder sin fin el áspero bocado.

Palabra que no cesa  
en un profundo nacer  
es la agonía fija insaciable  
en una sellada atmósfera de asfixias.

Algo se desvanece en esta lúcida idea sin sonidos,  
un íntimo presagio natural,

un apenas latido pulsando  
los lentos laberintos de sus ondas.

Es hambre este lenguaje agónico  
río de piedra,  
muro de espuma,  
crepitación de la ceniza avasallada.  
Hambre y zarpa  
pactan las dos mitades del fuego,  
no en tiempo ni en distancias:  
en lenguas de dura fiebre.

Sobre mi nombre de hierro  
crucé dos hilos de agua.

Todo este día  
sobre mí  
una sombra a mi oscura semejanza,  
una gota en otra gota derramada

y naciente.

Todo este día.

Un minuto en el aire  
magnético  
de noche  
posado en su extensión  
de claras alas  
espaldas a este sol,  
picoteando su bruñida imagen  
de estrella errante

Yo aquí sobre el suelo del mundo.

Bajo este árbol  
urde la raíz sus estrategias hondas.

Fuego invertido  
preciso en sus mil espejos dialogantes.

Algo sucede en el follaje.

Este árbol  
se inclina alguna vez  
hacia los muros lejanos de la noche  
como una seña interrogante  
es esta duda eterna que lo habita.

Entre luz y sombra  
un sonido imposible se desliza  
se yergue un habla inverosímil  
Un nombre acaso  
de algo demasiado claro y errante  
para esta lenta voz humana.

Oscilante el mar en sus mil bocas  
triunfa la espuma  
cede el naufragio.

Noche y claridad rondan  
estrellas y pájaros habitan  
los caseríos llevados en dócil marea.

Circulan estas arenas móviles  
se tienen como las pieles oscuras del desuello.

Este aire es circunstancia.

El horizonte ha tenido esta idea de consumida barca.

Cóncava sombra  
vacía la sombra  
                                  vertida ya  
sin aires sin lunas y sin fuego  
en nada pienso  
                                  escribo estas cosas  
ciego despierto  
                                  con sílabas hirientes  
en el aire detenido una estación entera  
asido y andante  
                                  es esta enramada el poema.

El medio día es ávido y crepita,  
el aire es una terca llama,  
las horas izan su bandera clara:  
lo mismo que la llama  
igual a su fulgor  
o su penumbra.



Este poema se repliega  
como un puñado de tiempo arrebatado  
no es más que un poema pero ansía  
respirar las graves luces lejanas,

Allá hay algo necesario  
pétreo  
insoportable  
posado en otra superficie  
hundido acaso en olas diferentes.

¡Qué árida vergüenza!  
este polvo entretejido,  
esta loca industria de ceniza,  
esta muralla devastada.

Al paso de estas letras  
nadie pero es algo: atisba.

Este verso ya se ha hundido.

Como un relámpago la verdad fue frustrada.

En el sueño de un día todos los tiempos.

Esos olvidados recuerdos son mi poesía.

En el tiempo una seña  
esta palabra.

Sobre el tiempo  
aun el tiempo se calcina.

Ahora  
otro intento se despeña  
en ásperos escombros sobre la página.

Navegué  
los aires líquidos y las materias concisas.

Todo fue visible tiempo.

Oscuro Dios tu nombre es indecible  
aquí comienzan las leyes de tu imperio.

1840

1841

1842

1843

1844

1845

1846

1847

1848

1849

1850

1851

1852

1853

1854

1855

1856

1857

1858

1859

1860

1861

1862

1863

1864

1865

1866

1867

1868

1869

1870

1871

1872

1873

1874

1875

1876

1877

1878

1879

1880

1881

1882

1883

1884

1885

1886

1887

1888

1889

1890

1891

1892

1893

1894

1895

1896

1897

1898

1899

1900

## SANCIONES DEL AURA



## PRELUDIO

La luz  
es dura para mi calma:  
por fuera de la madera  
salta siempre  
una visible persistencia luminosa, atroz.  
Algo del mundo perdura entonces  
en los sentidos más profundos.

## MAR

Es el tiempo de la oscuridad,  
la luna en medianía —creciente luz—  
madura espumas  
sobre las piedras del continente.

Es este el árbol profundo,  
las corrientes enramadas  
medidas en el aire líquido  
como un roce abrupto  
—grave rumor de voces—  
abriendo los secretos todos  
de la noche humana.

Es el mar naciendo del fuego  
haciéndose su espalda, su fina espiga  
en la mirada horizontal que nada entiende  
sino el todo porque vences —tras la luz—  
en las primeras sílabas del alba.



Como un racimo infunde al aire  
su llama en el estío:  
Es grave tu acento de cristales amarillos  
tu luz a tacto fija  
ese delgado ademán de quemadura  
tu cruda espina  
tu mansa incandescencia  
sobre los párpados traslúcidos del agua.  
Firme en su victoria  
el día en dos mitades  
sube a la cima de su imperio en vértigos  
a la estatura natural del sitio  
sobre  
el curso de todos los abismos.

He sabido más allá de mí la sombra  
de mí que salta  
arrancada  
despojada y pobre  
entrando en las casas de la luz.  
Como un dorado polvo  
sé del sueño las veces  
más íntimas de dí,  
las estaturas internas de tu flama  
haciéndose sin cuerpo  
imaginario.

Entre los óbices  
está el andar a tientas  
imaginado  
en el cristal de algún presagio.

## POEMA DEL INTENTO

Ha pasado mi mano  
sobre la tierra simple  
y mi mano se ha vertido  
en el follaje de la luz  
en lentas, gruesas gotas de tiniebla.  
No soy yo quien piensa la palabra  
—escritural oscuridad de  
la materia abierta hacia el poema—  
algo se dice siempre en la mirada,  
algo depende de la rama clara  
como una desdibujada palabra de llovizna  
bajando hacia la boca fría de la piedra  
(es otro este poema)

Infame la naturaleza  
se desdobra, gesticula  
con jugos luminosos e interminables,  
evade la viviente red de los sentidos  
movida en un aire vehicular  
tras el disparo de la luz en penumbra.

Es la herida realidad de cada instante.

Apenas encima de la piel  
se afirma en la vacía claridad  
un nuevo signo  
de dureza o de blandura,  
una presencia presentida,  
un presagio de verídica agudeza  
en alguien que no soy y que espero.

He visto crecer las horas  
haciéndose bien definidas transparencias  
mojando todas las cosas  
con su melodía de luz meticulosa.  
Esa es la historia de la llama  
naciendo endurecida desde la tierra opaca.  
Volviendo sobre su escenario  
en la baldía aurora.  
He sido tras las horas claras  
el aviso final de la ceniza  
incalculable en su silencio  
del fino mosto de  
llama devastada.

La ruina ya se hace de la luz vacía  
la imagen pura y redimida  
en amplio coro  
de ecos de robada oscuridad.

Soñar es dar hacia la luz  
la secreta palabra,  
la interna potestad del aura,  
la bruma recóndita que se levanta  
en vigilantes silabas de oscuridad.  
Es penetrar la secreta entraña,  
la sangre que divulga su encomienda vaga  
de flecha circular,  
de ruina humeante que camina  
a lentos palmos bajo el músculo  
del bien andante  
trotador de brasas,  
emisario de la penumbra  
de una voz igualmente no escuchada.

Soñar es dar hacia la luz  
la secreta palabra,  
la interna potestad del aura,  
la bruma recóndita que se levanta  
en vigilantes sílabas de oscuridad.  
Es penetrar la secreta entraña,  
la sangre que divulga su encomienda vaga  
de flecha circular,  
de ruina humeante que camina  
a lentos palmos bajo el músculo  
del bien andante  
trotador de brasas,  
emisario de la penumbra  
de una voz igualmente no escuchada.

SET

Te he tenido por torre hacia el derrumbe  
y abismo en llamas  
frente a la cóncava sombra de mis ojos  
atónitos a tu delicia  
momentánea  
de caer siempre en lo lejano  
haciéndote en la muerte  
cada vez  
un aire en círculo  
un cruel torrente  
detenido en punto  
y firmeza de espectáculo.  
Incendiario tu canto en el vocablo  
cede al sopor y la canícula  
tu reino de maduraciones cálidas.

Ha sido todo  
una palabra de humo  
interminable  
antigua  
por la voz sin tiempo que levanta  
de nuevo  
el estandarte vacío de la noche  
frente a los vientos fáciles del mundo.



De la tierra sin fuerza  
salta la espiga primaria de los días  
es este  
el que ha nacido, llameante,  
casi una bandera.

Es el triunfo de la luz:  
arde y ondula  
hace de los aires trueno  
como un puño pretérito en los vientos,  
como la oscura meditación de la marea.

Estás de amor vestida,  
uncida en luces para el tacto  
y su codicia clara;  
levanta tus pies  
un cuerpo de madera en llamas  
para la palabra  
y el candor somero  
de los apenas besos,  
de las profundas gargantas.

Hágote parece  
calma en la cintura  
un poco de dolor a semejanza  
de tu savia derramada y tibia,  
por la herida amarga y los cabellos  
tengo en prenda del torrente aéreo  
trozos de un aroma pétreo  
de tus ásperos lamentos  
rimándose a los menos cambios de la llama.

Henos ya  
para la luz  
viviendo sin estar  
ante penumbra alguna  
en esta humeando llaga tuya,  
en este cáliz de aprendiz:  
aire jadeante que termina  
siendo por nosotros  
un solo nombre  
como un pájaro flechado por el vidrio.

Pulso flotante  
altura y cauda,  
el estío se quiebra  
cuando hube esperando la claridad  
por un erguido sediento mástil y además de la materia  
en un segundo de certero tiempo,  
en un momento prorrogado en sombras  
crece la tarde al fin  
como el follaje muerto,  
en las ventanas y la delgada tierra,  
en las maderas,  
en la paciencia oscura de los puertos:  
su roja espuma masculla lentos improprios ciegos.

¿Qué he de hacer en esta dura tregua del gran fuego?

Abriéndome de no ceder sin fuerzas

a la *superlativa* gracia del mundo.

Mi voz es ya delgada

sobre la carne y la sémola,

sobre sábanas hirvientes

he movido sin intentos la pesada y flaca sombra

del delicioso cuerpo,

de aquel certero

entrar a toda costa,

puntual.

En la somnolencia punzante del amor

sobre el preciso suelo,

entre las llagas mutuas que secretan

su acérrima acidez de consumadas pulpas,

de bestias conjugándose,

despatarradas en intentos ciertos

por la gozada quemadura que se sabe

un poco más allá de nuestras fuerzas , siempre.

♦ POEMAS DEL ÁRBOL

Ni una palabra te sustenta, solitario brazo de la invisible tierra, ni un claro sol te venera por tu amplio corazón de hierba celeste y tus humildes hábitos de pensador ensimismado en las edades primordiales de raíz y relámpago.

Mas nadie ha mecido tus aguas elevadas y espesas, nadie ha roto los duros sellos de tu puerta, ni aspirado de tu sombra un solo grado de serena bondad, ni estudiado tus señales oscuras en el tiempo ni tus lechosos vocablos de madera.

El oriente mueve ya sin luz su último cuchillo, tú haces la dura llama del canto bajo la noche, creces al cielo desde todas tus raíces de silencio, manando delgadamente tus materiales internos con precisión severa, naces interminablemente y llevas cuerpo adentro un río entero de lamentos minerales.

Luego es el viento como una mano desmayada a tus pies que ya reacciona y salta de su atolondramiento hacia el cuello: casi serpiente de raudas transparencias. Sobre tu frente queda un dejo melancólico de estrella.

Comienza a llover y dictas tus ondulados perfumes sobre las páginas plagadas de silencio.

Viajero vienes de una historia igual al tiempo. Voy por tus mil bocas  
impronunciado, voy por tus manos asiéndote de mi hambre, voy  
por tu pecho socavando el dulce núcleo, la secreta yema, el hierro  
oscuro de tu corazón.

Ocurre esta luz igual en la memoria, esta luz empecinada como un puño ensimismado en su cólera cerrada, mórbida. Por las ventanas como un río cruza un puente, penetra abriendo sus alas más agudas, se hace en el tiempo como en un cuenco de parsimonia y sedimento, permanece latiendo por mis ojos persistentes, magnéticos en ella que se corre uniforme con la forma de la ola ceremonial y que rompe en la forma concreta de la roca; crepita como una espiga diagonal del día entre dos noches hondas y vuelve su muralla a levantarse como bestia delgada, endurecida y transparente.



Mueve la llamarada el sitio de sus vértices, su raíz de aceites desatados, la geométrica audacia en sus andamios. El día es un preciso peregrino, es un cerrado trotamundos concentrado en su religión trashumante. Yo sé de oscuros soles, de hogueras empobrecidas hasta el silencio reciente, sé de las quemaduras erizadas en los agudos bronce del exacto dolor. Luego, como una voz de moribundo, como una queja endurecida venida del poniente, como un vino adelgazado, como una abeja de color naranja, izó las tronantes banderas de la tarde y se vertió en mis ojos como un árbol meciendo en la mirada sus blandas ramas, su impalpable fecha de humo, sus pesadas gotas de fragancia errante.

Bajo la espuma una flama de cristal blanco respira ensimismada, permanece en la pureza de su mansa cintura y su voz de azucarado flagelo ondulante entona minucias para nadie, murmura toda la poesía de su propia transparencia iluminada, de cu claridad flechada y agónica. Salmodia la ola vehemente, postrada y suplicante, se desploma sobre la piedra como lentas campanadas monumentales; florece sobre la arena, algo escribe y se arrepiente, reincide en su incesante decir, revienta como una ampolla, nace del aire, viene del cielo, se desprende de lo imposible, crece de vértigos, se curva, se reproduce en los espejos, recae y se deshace en un permanente volver sobre sí misma. Sólo la espuma persiste.

Así fuera comenzar abriendo mi costado a la ceniza, mi dedo índice sobre la puntiaguda sílaba de fuego, como pulsando un aguijón sonoro. Haber unido sin besar los labios a la palabra que nacía sin ser dicha en un aire oscuro y ceremonial. Así fue como un retrato natural del tiempo, por mis ojos dos ríos de velocidad iluminada que me han hecho despertar bajo los más hondos sueños de la piedra. Ahora escribo.

¿Has visto las lenguas dialogantes del crepúsculo?

¿Has visto todas las máscaras del árbol?

¿Sabes cantar el salmo nocturno de la ola?

¿Quién sacude el ramaje de la sombra?

¿Cuántos ojos abre el mar al medio día?

Una ración de colores humanos en el fuego que canta hacia el abismo, en la corriente seca de la voz que deja en ecos las huellas recias de su paso, su testamento lumínico de cuerpo. Es una realidad la llama, blanca por el tacto que la alcanza, que la respira como una gota clara, que la reúne como un cálido bostezo. Realidad de movimiento que levanta un destejido color de barro ardiente, un vago sonido de lamento, un ápice de punta: es sólo ser no estar, su frágil gracia de cara al cielo de la noche como un cuerpo parado de puntillas desde el hueco profundo del corazón.

Después de todo, nada  
salvo el adiós somero de sus alas,  
sin tiempo ya,  
hundiéndose sin la costumbre fácil de su nombre  
en un mar  
más rápido que el nuestro: mar de olvidos.  
Sólo un entero estar,  
una cifra de Dios  
severa como la verdad.

¿Quién puede rebatir este silencio?

Este volver incierto de tumbos y de pólenes  
Este canalla, recrudecido  
esfuerzo por asir y por tener  
cuando ya nadie,  
cuando caídas las  
cruces  
las hélices y los anzuelos,  
los frutos y los maderos,  
el nocturno hierro,  
el vórtice lento de todos los silencios.

¿Quién hace de mí la voz no conocida?

Es el andar halándote de barbas  
como si fueras cayendo  
en una página terrible,  
en un hambriento brocal de carcajadas,  
en una oscura herida en el costado.

Estoy por volver  
y desisto a punto de mí  
sin dar la honda voluntad de un paso en alto  
Vengo a la luz,  
reincidente he vuelto a la fragua y el borbotón  
de aguas o palabras  
o duros centros vitales  
igualmente hechos de piedra o cansado barro.

¿Qué diré hoy si me pongo de veras franco?  
Lacio como una mano rendida en tierra firme,  
lento como un correo de pájaro a estrella.

¿Es esa verdad hecha de palabras lo necesario?  
Lo que requiere este espacio parecido a un poema:  
escenario de interrogaciones,  
bullir de risas, vegetación de oscuridades y fulgor.

Tropiezo y comienzo nuevamente.



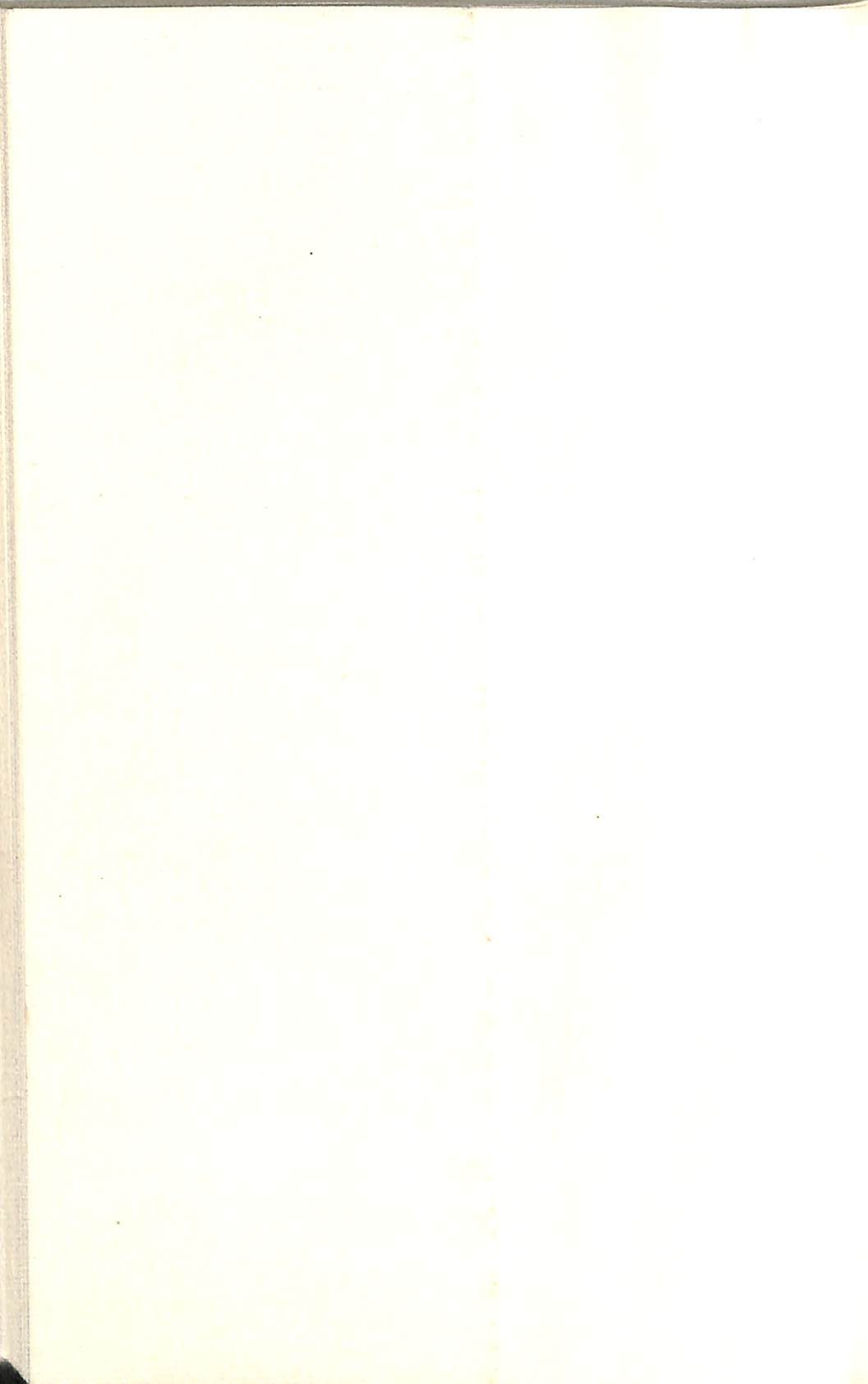
## ÍNDICE

ESCRITURA.....	7
SANCIONES DEL AURA.....	49

Impreso en FLEXOMEX  
Simón Bley No. 35 Col. Olivares  
Hermosillo, Sonora, México  
Tel: (662) 218 80 75  
e-mail: flexomex@hmo.megared.net.mx  
Tiraje: 1000 ejemplares  
Junio 2009



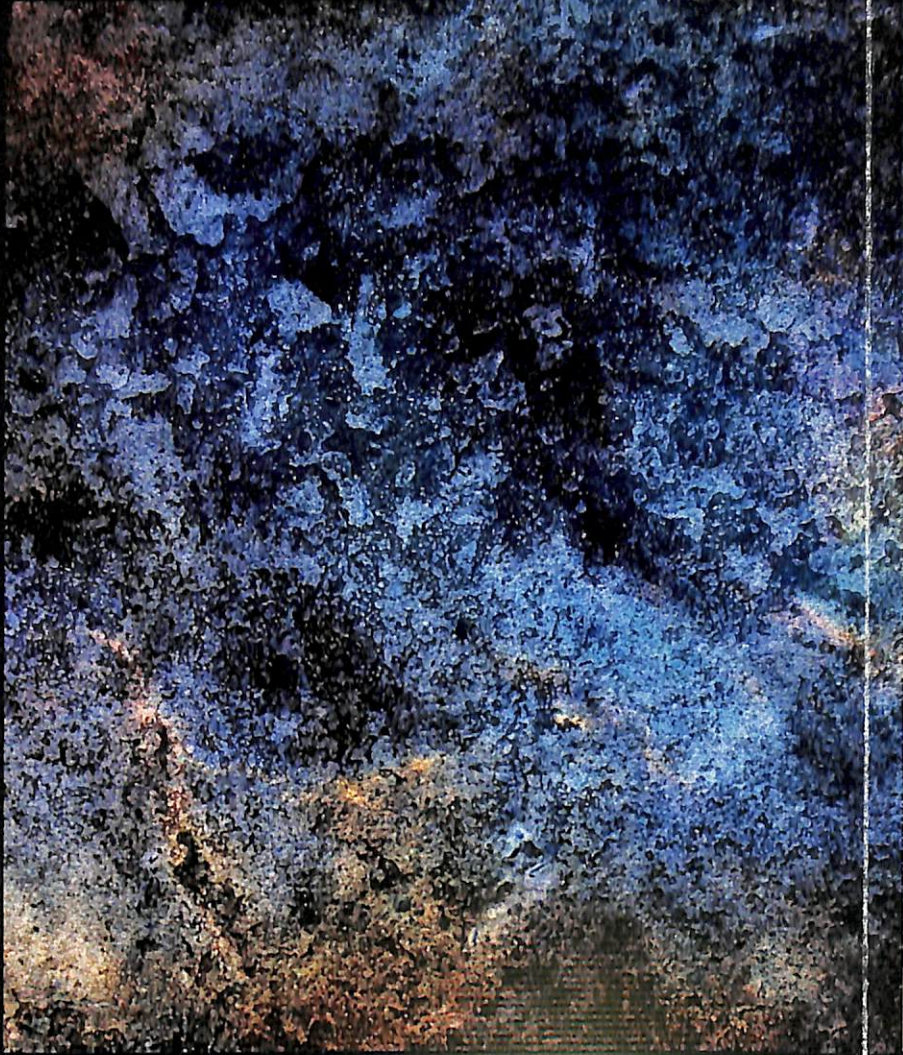




Juegos Trigales del Valle del Yaqui  
**Bartolomé Delgado de León 2001**



Juegos Trigales del Valle del Yaqui  
Bartolomé Delgado de León 2001



Alex Ramírez

# Las sanciones del aura